

NOTA EDITORIAL

El conservadurismo innato del alma humana hace que muchos asuman, sin pensarlo mucho, que quienes se dedican a cuestiones históricas, como es la historiografía en la que se desempeña esta revista, deben utilizar herramientas históricas para hacer su trabajo. Nada más lejos de la realidad. Para producir el conocimiento del pasado, que es su cometido, la historiografía requiere de las herramientas más modernas. De hecho, cuanto más antiguo es el periodo a estudiar, más necesario es utilizar las técnicas más modernas y sofisticadas, como nos enseña cada día la arqueología. Y no solo hay que usarlas, y por tanto saber hacerlo, sino que hay que conocer sus virtudes, y sus peligros.

A ese respecto, asistimos hoy en día a la proliferación de herramientas de inteligencia artificial. La capacidad de la aplicación ChatGPT, último grito en su campo al alcance del público general, para hacer lo que tantos historiadores han hecho en el pasado, a saber, leer lo que está escrito y elaborar ensayos a partir de ello, es simplemente apabullante. Vaya quien quiera comprobarlo, porque no lo haya hecho hasta ahora, a su sitio en la red de redes, <https://openai.com>, y pídale que le escriba un ensayo sobre, por ejemplo, la Primera Vuelta al Mundo. Se lo hará casi al instante –lo escribirá literalmente ante sus ojos– con bastante pulcritud y mucha corrección, y una calidad que desde luego supera la capacidad de cualquier escolar. Naturalmente el producto no está a la altura de los historiadores profesionales, entre otras cosas porque los datos que se han puesto a su alcance son limitados, pero es cuestión de tiempo que les pise los talones. Tiene ya, en cualquier caso, una utilidad muy grande: puede utilizar este tipo de aplicación quien quiera saber cuál es la idea prevalente de casi cualquier cuestión, para saber dónde tiene que aplicarse más esforzadamente para corregir sus errores. En el caso del tema que hemos sugerido como ejemplo, la máquina le dirá, totalmente convencida, que Magallanes cambió la concepción imperante entonces de que la Tierra es plana, además de otros errores de igual o mayor calibre.

En esta línea de modernidad, pero siempre con el rigor científico por bandera, nosotros, por nuestra parte, estamos empeñados en conseguir que esta revista pueda transformarse en una publicación verdaderamente electrónica, requisito ya indispensable para ser calificada como científica, para poder competir con alguna posibilidad de éxito en el mundo de la moderna historia. Mientras tanto, como siempre, esperamos que guste el conjunto de artículos y secciones que forman el presente número. Creemos que son una panoplia de buenos trabajos, y garantizamos que son total y absolutamente humanos.